

Texto 1.6.: Juan Sepúlveda G., *Una aproximación teológica a la experiencia pentecostal latinoamericana*, 1998¹.

Por principio y conforme a su expresión mayoritaria, el pentecostalismo afirma las doctrinas cardinales del cristianismo: la Trinidad, la encarnación y expiación de Jesucristo, la necesidad de la fe en Jesucristo para salvarse, la presencia y el poder del Espíritu Santo divino en todo auténtico creyente y la bienaventurada esperanza de que Cristo volverá para consumir el reinado de Dios².

Si bien la precedente síntesis de las doctrinas cardinales del cristianismo podría ser materia de discusión, hoy en día pocos discutirían seriamente la afirmación central contenida en esta cita de Steven J. Land, teólogo pentecostal norteamericano, a saber, que el pentecostalismo, en su expresión mayoritaria, afirma las doctrinas cardinales del cristianismo³. En efecto, en la literatura teológica seria, el pentecostalismo ha dejado de ser visto como parte del mundo de las 'sectas semi o pseudo cristianas', y ha llegado a ser reconocido como la más joven de las familias confesionales dentro del diversificado panorama del cristianismo apostólico. Si aún subsisten algunas dificultades y prejuicios para que ese reconocimiento se exprese más plenamente, éstos son más notorios en algunos actores del movimiento ecuménico de matriz protestante que en el mundo católico. El Secretariado para la Unidad de los Cristianos del Vaticano ya hace varios años reconoció al pentecostalismo como un interlocutor válido para el diálogo teológico⁴.

Este cambio de clima hace que la pregunta por la "teología pentecostal" se refiera menos a la preocupación por examinar (o demostrar) la 'ortodoxia' o 'apostolicidad' de esta expresión del cristianismo, que al deseo de reconocer los aspectos teológicos 'distintivos' del pentecostalismo, y por lo tanto, su aporte al cristianismo apostólico.

De todos modos, la respuesta a este último sentido de la pregunta por la "teología pentecostal" sigue siendo compleja, pues al mismo tiempo que se reconoce crecientemente al pentecostalismo como parte del cristianismo apostólico, también la literatura ha puesto en evidencia la gran diversidad existente dentro del pentecostalismo mundial. Ya ha quedado atrás la noción de que el pentecostalismo moderno tiene un origen histórico único, claramente localizable en un lugar y tiempo determinado. Hubo diversos focos de 'explosión' o 'avivamiento' pentecostal en el seno de diversas iglesias o confesiones, y esa diversidad de origen tuvo como consecuencia una variedad de acentos o énfasis teológicos dentro del poco monolítico pentecostalismo moderno. El hecho de que esta irrupción de la espiritualidad pentecostal haya ocurrido cuando el movimiento misionero moderno ya se encontraba bastante avanzado, permitió que varios de esos 'focos' originales hayan tenido lugar -

* Juan Sepúlveda es Pastor de la "Misión Iglesia Pentecostal", Doctor en Teología de la Universidad de Birgmingham - Inglaterra. Chileno.

¹ Juan Sepúlveda G., *Una aproximación teológica a la experiencia pentecostal latinoamericana*, en: Revista *Medellín. Teología y Pastoral para América Latina*, ITEPAL, Bogotá, N° 95 (septiembre de 1998), pp. 435-448.

² STEVEN J. LAND, "Orar en el Espíritu: la perspectiva pentecostal", en *Concilium* 1996: 3, págs. 529-539, aquí pág. 530.

³ Sobre el mismo tema, HAROLD D. HUNTER escribe: "Muchos pioneros del movimiento pentecostal en Estados Unidos desplegaron una energía considerable para suprimir cuanto entendían que eran restos de unos credos artificialmente formulados, pero irrelevantes cuando no perjudiciales, que habían descarriado a la mayor parte de la cristiandad. Sin embargo, cuando los dirigentes pentecostales actuales examinan documentos como el Credo de los Apóstoles, se suelen sentir incapaces de rebatir sus contenidos. Inconscientemente reconocen que el Credo Niceno-constantinopolitano aporta a la Iglesia 'oriental y occidental, católica y evangélica por igual su única confesión de fe auténticamente ecuménica'". "Nosotros somos la Iglesia: Nuevo congregacionalismo. La perspectiva pentecostal", en *Concilium* 1996: 3, págs. 431-437, aquí pág. 434.

⁴ Ver informes de los tres primeros ciclos de diálogo pentecostal-católico (1972-1976;1977-1982 y 1985-1989) en *PNEUMA* (The Journal of the Society of Pentecostal Studies) 1990: 2.

usando el lenguaje misionero de la época- en 'campos misioneros', es decir, en 'el mundo no cristiano', y en muchos casos, con la participación decisiva de 'nativos convertidos'. Por lo tanto, junto con la variedad de contextos confesionales, la variedad de contextos culturales de origen aportó nuevos elementos a esta gran diversidad interna dentro del movimiento pentecostal a escala mundial. Al respecto, Walter J. Hollenweger, reconocido como el decano de los estudios pentecostales, escribe:

Por lo demás, el movimiento pentecostal no es monolítico, ni desde el punto de vista teológico ni desde el punto de vista ético. En este aspecto, es más pluralista aún que el catolicismo. Por ejemplo, hay *actualmente* pacifistas pentecostales y capellanes militares pentecostales. Hay comunidades que practican el bautismo de niños *juntamente* con el bautismo de adultos (*Robeck*). Incluso en cuestiones de ética sexual, de definición de lo que es el bautismo en el Espíritu, de ética social e individual, en el problema de la hermenéutica bíblica, en la doctrina de la Trinidad y en cristología, hay un amplio abanico de opiniones⁵.

Esta última constatación pone en duda la pertinencia de la nueva costumbre de referirse al pentecostalismo como una familia confesional, y la legitimidad del antiguo hábito de utilizar las doctrinas del 'pentecostalismo clásico' norteamericano como el criterio o la medida de la 'pentecostalidad'.

Teniendo en cuenta, por un lado, que es más lo que *une* que lo que *separa* al pentecostalismo de las demás confesiones que se reconocen como herederas de la fe apostólicas⁶; y por el otro, que el pentecostalismo en sí mismo no es monolítico sino tremendamente diverso, ¿cómo podemos caracterizar la 'teología pentecostal' o los 'distintivos teológicos' del pentecostalismo? El consenso actual sugiere que la especificidad pentecostal no debe buscarse en la *doctrina* sino en el *ethos*⁷ o la *espiritualidad* pentecostal. "Lo que une a las Iglesias pentecostales no es una doctrina sino una experiencia religiosa, pero que es interpretada y fundamentada de muy diversas maneras"⁸. Esto se puede afirmar aún con más fuerza en el caso del pentecostalismo latinoamericano, donde, a diferencia de los casos norteamericano y europeo, la literatura no ha jugado un papel significativo en el desarrollo y difusión de las ideas, o mejor dicho, de la espiritualidad o el *ethos* pentecostal.

Por lo tanto, en los párrafos que siguen no intentaré presentar una síntesis de *la* teología pentecostal, sino compartir algunas reflexiones teológicas acerca de algunos aspectos centrales de este *ethos* o espiritualidad pentecostal. Esto no supone una adhesión al prejuicio de que el pentecostalismo no tiene teología, sino un simple reconocimiento de que no existe *una* teología pentecostal (en singular), y de que el modo en que el pentecostalismo produce y comunica su(s) teología(s) es ciertamente distinto de la teología sistemática a la que están acostumbradas las iglesias tradicionales.

⁵ "De la Azusa Street al fenómeno de Toronto: raíces históricas del movimiento pentecostal", en *Concilium* 1996: 3, págs. 413-427, aquí 418. En la misma línea, Harold Hunter señala: "En contraste con el supuesto carácter monolítico del pentecostalismo, lo cierto es que su considerable diversidad viene a complicar el proceso de identificar claramente qué es lo que puede considerarse 'pentecostal'. La ubicuidad del movimiento pentecostal-carismático internacional tal como se dispone a irrumpir en el siglo XXI desborda todos los intentos de clasificación y clarificación". *Op. cit.* pág. 432.

⁶ Ésta fue, al menos, la conclusión de Karl-Josef Kuschel y Jürgen Moltmann, editores del número de *Concilium* (1996: 3) dedicado al diálogo con teólogos pentecostales (*Movimientos pentecostales: un desafío ecuménico*): "Sí, el resultado -quizá sorprendente- de nuestro cuaderno de diálogo consiste en que hay tan sólo pocas diferencias fundamentales y sí muchos puntos en común entre las iglesias tradicionales y las modernas Iglesias pentecostales". pág. 409.

⁷ Cfr. STEVEN J. LAND, *op. cit.* pág. 530.

⁸ W.J. HOLLENWEGER, *op. cit.* pág. 418.

El encuentro con Cristo resucitado como experiencia fundante

Como he insistido en otros lugares⁹, lo que constituye la vida o el ser cristiano es, desde el punto de vista pentecostal, una experiencia fundante de encuentro personal con Jesucristo, descrita indistintamente como conversión, nuevo nacimiento (Jn 3), nuevo comienzo, cambio de vida, etc. No basta con nacer biológicamente en una familia cristiana, y por lo tanto en el seno de la Iglesia. Tampoco con asentir formal o intelectualmente a la doctrina predicada por la iglesia. Se trata de 'vivir' la fe, de tener una experiencia de Dios. Usando una imagen bíblica, se puede decir que para los pentecostales, cada cristiano ha de vivir su experiencia de camino a Damasco. A Pablo no le bastó con escuchar la predicación de los primeros cristianos. Lo que escuchó causó más bien su rechazo y lo empujó a perseguir a aquella comunidad. Lo que cambió el rumbo de su vida y lo convirtió en parte de la comunidad que antes perseguía, fue su encuentro personal con Cristo resucitado en el camino a Damasco (Hch 9:1-16; 26:12-18).

Como se expresa muy nítidamente en los 'testimonios' pentecostales ("Dios cambió mi vida", "encontré al Señor y me hizo una nueva criatura", "yo estaba perdido/a, pero el Señor me encontró"¹⁰), se trata de una experiencia de cambio: ser cristiano produce una diferencia radical para la persona. El 'ser cristiano' no corresponde al mismo tipo de categorías como 'nacionalidad' o 'grupo étnico' por la cual uno se identifica con el conjunto de los que pertenecen a la sociedad donde nuestro nacimiento biológico ha tenido lugar. Tampoco corresponde a categorías como 'profesión' o 'afiliación política', las cuales también involucran -al menos en el contexto de la modernidad- cierto grado de cambio y una opción personal, pero que no necesariamente envuelven una re-identificación total de la persona. El encuentro que transforma a alguien en hija o hijo de Dios produce algo completamente nuevo en la persona, algo que incluye y reordena todos los otros factores de identidad, así como también transforma las relaciones consigo mismo y con los otros.

Este cambio ciertamente envuelve una decisión de cambiar, es decir, la decisión de aceptar el llamado de Dios que sale al encuentro. Pero el cambio no es puramente el fruto de nuestra decisión. El cambio es hecho posible por la fuerza del Espíritu Santo que obra en nosotros. De allí la importancia del tema del 'poder': se trata de recibir el poder (la fuerza, la energía, la vitalidad, etc.) necesario para vivir de acuerdo a la voluntad de Dios, lo que no necesariamente se corresponde con los valores y estilos de vida que hemos recibido mediante nuestra socialización.

El Espíritu Santo: el poder de Jesucristo resucitado en la vida del creyente

Esto último nos permite referirnos brevemente a la pneumatología pentecostal. En círculos no pentecostales se suele pensar del pentecostalismo como de un movimiento 'pneumatocéntrico'. En otras palabras, se sospecha que la centralidad que el pentecostalismo asigna a la tercera persona de la Trinidad tiende a subordinar la cristología, y a oscurecer el carácter objetivo de la Revelación cristiana. Como Dios habla directamente a los creyentes mediante su Espíritu Santo, es decir, se revela continuamente, pareciera que las Escrituras y la figura de Cristo tuvieran una importancia puramente histórica, o simplemente como base de las normas de vida cristiana. Esta imagen, en realidad, tiene muy poco que ver con el pentecostalismo. La espiritualidad pentecostal es tan 'Cristocéntrica' como la tradición protestante en

⁹ Cfr. "Características teológicas de un pentecostalismo autóctono: el caso chileno", en BENJAMÍN GUTIÉRREZ (editor), *En la fuerza del Espíritu*. Guatemala: AIPRAL/CELEP, 1995, págs. 73-87; "Nacidos de nuevo": Bautismo y Espíritu. Perspectiva pentecostal", en *Concilium* 1996: 3; págs. 549-555.

¹⁰ Cfr. CANALES, PALMA Y VILLELA, *En tierra extraña II*. Santiago, Amerinda-SEPADE, 1991, págs. 59-74.

general. Lo que ocurre es que, para el pentecostal, el Espíritu Santo es el vehículo de la presencia viva y real del Cristo resucitado. El Espíritu Santo es el poder de Cristo resucitado actuando en la persona, transformándola en una nueva criatura. Como en el caso de cualquier tradición cristiana, lo que el pentecostal sabe de Jesucristo lo sabe por el testimonio de las Escrituras, pero ese saber se transforma en vida por la obra del Espíritu Santo.

Si bien el 'pentecostalismo clásico' de origen norteamericano se ha caracterizado por insistir en el bautismo del Espíritu Santo como una segunda (o tercera) obra de la gracia, posterior a la conversión, no se observa la misma preocupación en el pentecostalismo latinoamericano más autóctono. Al menos si uno se basa en lo que se dice en los 'testimonios' de hombres y mujeres pentecostales en Chile, la misma experiencia fundante de encuentro con Dios se percibe simultáneamente como expresión de la aceptación incondicional por parte de Dios (justificación); como el inicio de una nueva vida (santificación), y como la recepción de un nuevo poder que permite al creyente sostener su nueva vida en un medio habitualmente hostil, y que lo habilita para comunicar y compartir la experiencia con otros (recepción o bautismo del Espíritu).

El cambio de vida como experiencia sanadora

Los 'testimonios' muestran que la mayoría de los pentecostales percibe este cambio fundamentalmente como una experiencia sanadora, es decir, como la superación de situaciones personales que han bloqueado una vida en plenitud y en amor. Es que para la gran mayoría de la gente, su historia personal y las condiciones de vida de su comunidad están muy lejos de representar el mejor de los mundos posibles. Para ellos, la vida no es un presupuesto, sino un difícil logro diario. La vida es algo a ganar, a conseguir. La vida antes del encuentro con Dios se la percibe como una vida de profunda precariedad y necesidad. Y es precisamente para los 'necesitados' para quienes una 'buena nueva' tiene sentido. Como dijo Jesús, "los sanos no tiene necesidad de médico, sino los enfermos" (Mc 2,17 y paralelos). Las personas describen la experiencia como un cambio que ocurre en ellos mismos, pero muchas veces también en su entorno. Ciertamente no se trata de un cambio inmediato en las condiciones objetivas de su vida (su condición social, laboral, familiar, etc.), sino en su propia subjetividad, es decir, en el modo de verse a sí mismo y de ver su entorno y la vida en general. Se podría decir que cuando Jesucristo, mediante su Espíritu, toma control de la vida de la persona, esta misma adquiere ahora un control sobre su propia vida del que antes carecía.

En muchos casos, pero no necesariamente, la experiencia es tan profunda, que también se traduce en la superación de dolencias o sufrimiento corporales. Es una experiencia que abarca la totalidad de la persona. Pero no existe, al menos en forma generalizada, la creencia de que el cambio de vida necesariamente debe expresarse también en la sanidad física, en cuyo caso, la permanencia de la enfermedad sería señal de que Dios no ha obrado realmente en la persona. La fe en el poder sanador de Dios ocupa un lugar importante en la espiritualidad pentecostal, pero no se la confunde con la experiencia de salvación.

Una Iglesia viva: la comunidad de los que han sido transformados por Cristo

Así como el encuentro con Cristo resucitado mediante el Espíritu, es decir, la experiencia del cambio de vida, constituye a la persona como una nueva criatura, como un cristiano, esa misma experiencia constituye una nueva comunidad, un nuevo pueblo. Lo que constituye a la Iglesia no es la adhesión a común a un Credo, sino la común participación en la experiencia del encuentro con Jesucristo resucitado bajo el

poder del Espíritu. Lo que la persona confiesa afirma cuando se incorpora a la Iglesia, no es la aceptación de una doctrina, sino una experiencia de Dios. De allí la dificultad pentecostal para identificarse con los Credos formulados por la temprana Iglesia: no es que haya diferencias con el contenido de los Credos. Como ya se mencionó antes, si un pentecostal tiene la oportunidad de reflexionar sobre el contenido o el sentido de las afirmaciones del Credo de los Apóstoles o el Credo niceno-constantinopolitano, lo más seguro es que asentirá en cada punto. Lo que ocurre es que cualquier persona puede pronunciar el Credo y declarar formalmente su adhesión a sus contenidos, sin que eso afecte en lo más mínimo su existencia ni su forma de vida.

Por la misma razón, el pentecostal no entiende una Iglesia que esté incorporada a un sistema de cristiandad. Iglesia es la comunidad voluntaria y abierta de todos/as quienes han experimentado la renovación de sus vidas por la fuerza del Espíritu. Es la comunidad que en el nombre de su Señor *invita, acoge y envía*. A través de su *invitación y envío*, la Iglesia como comunidad del Espíritu manifiesta su dimensión misionera que es inseparable de su identidad. Como para el cristianismo en general, esta invitación consiste en la proclamación del Evangelio. Pero en este caso, se trata de dar 'testimonio', es decir, contar, narrar cómo ese Evangelio ha transformado la vida de los que forman la comunidad, mediante el poder del Espíritu Santo. A través de su *acogida*, la Iglesia hace manifiesto el poder restaurador, sanador, liberador del Espíritu, dotando a cada uno/a y a la comunidad en su conjunto de la fuerza para sostener la nueva vida y para su participación en la Misión de su Señor.

En el modelo de 'Iglesia Nacional' (de cristiandad o estatal), o cuando Iglesias que se originaron como 'Iglesias libres' adoptan el estilo de aquel modelo, el ritmo de vida eclesial tiende a ser marcado por los 'satisfechos', y los 'necesitados' son dejados al margen. Puede que los 'necesitados' sean considerados objetos de caridad o beneficencia, pero raramente como sujetos privilegiados de la vida eclesial. En este contexto, la irrupción de nuevas formas de cristianismo que enfatizan el 'nuevo nacimiento', sea que se definan a sí mismas como pentecostales o no, puede interpretarse no sólo como un movimiento de restauración de un patrón más primitivo (neotestamentario, apostólico y pre-constantiniano) de experiencia cristiana, sino también como una forma de protesta frente a un cristianismo en el cual los necesitados, es decir, 'aquellos que necesitan de médico', han sido empujados al margen.

La búsqueda de otro lenguaje teológico

La comprensión de la experiencia cristiana personal como un cambio radical de vida, y de la Iglesia como la comunidad de creyentes que han experimentado esa profunda renovación de sus vidas, presuponen una vivencia de lo humano que hoy en día se describiría como holística. En otras palabras, se trata de una percepción de lo humano que no opera con las clásicas distinciones entre cuerpo y espíritu, entre emoción y razón, tan propias de la tradición cultural occidental. Desde tal perspectiva, el criterio de la verdad, de lo que tiene sentido, no es aquello que sea perfectamente inteligible para la razón, sino aquello que logra movilizar la totalidad del ser humano. La razón desencarnada puede producir muchos mundos, ideas, doctrinas que sean perfectamente inteligibles, y que sin embargo no logren conectarse con el 'corazón' del ser humano, es decir, no consigan movilizar o comprometer la totalidad de su ser. Inversamente, cuando el ser humano tiene experiencias profundas, se encuentra con que el lenguaje racional se muestra muy limitado como vehículo para comunicar dicha experiencia y compartirla con otros.

No necesito demostrar que la tradición teológica occidental ha estado cautiva de aquella tradición cultural que privilegia casi exclusivamente la inteligibilidad racional como criterio de verdad, como productora de sentido. Baste con recordar la

definición clásica de San Anselmo: teología es "la fe en busca de inteligencia". Los pentecostales han encontrado grandes dificultades para articular y comunicar la profundidad de su experiencia en el lenguaje de la teología sistemática tradicional (occidental). El problema radica, por un lado, en la dificultad de traducir una experiencia sublime, indecible, a conceptos susceptibles de ser incorporados en un sistema. Por otro lado, está demostrado históricamente que los sujetos concretos del surgimiento y expansión del pentecostalismo moderno, han provenido mayoritariamente de raíces culturales no occidentales, o de sectores de culturales marginales, populares, de Estados Unidos o Europa. Me refiero al fuerte componente africano, afro-americano e indígena en varios de los focos originales del pentecostalismo moderno. Se trata, por lo tanto, de grupos humanos para los cuales la visión holística de la vida, de la salud, de la salvación, etc., es una dimensión ancestral de su propia cultura, de su propio modo de construir la realidad, de producir sentido.

Por lo tanto, aquellos aspectos 'extraordinarios' de la experiencia pentecostal que han concentrado tanto la atención de los observadores externos, tales como la glosolalia, la danza, el llanto, los lamentos, y el conjunto de manifestaciones corporales y/o extáticas que han caracterizado a los 'avivamientos' pentecostales, pueden leerse como el descubrimiento de un lenguaje profundo, holístico, para exteriorizar una experiencia que es 'indecible' o incomunicable por medio del lenguaje (logos) racional. Por otra parte, deben reconocerse como el lenguaje que diversas culturas, tan legítimas como la occidental, han usado ancestralmente para exteriorizar su experiencia de encuentro con la fuente de la vida, con el Creador.

El 'testimonio', es decir, la narración de la experiencia vivida, y del impacto de esta experiencia en la vida cotidiana personal, familiar y social, aparece como la forma más adecuada de hacer a otros partícipes de la misma experiencia, de persuadir a otros a abrirse al Cristo resucitado que se hace accesible de un modo inmediato mediante el poder del Espíritu Santo.

De este modo, la experiencia pentecostal, y el gozo de participar de la libertad del Espíritu que sopla como y cuando quiere que esta posibilite, abre posibilidades de un lenguaje teológico distinto del tradicional, no necesariamente superior ni inferior que el racional, pero ciertamente más significativo para muchos grupos humanos. Mi convicción es que el pentecostalismo, con su rescate de la noción (y experiencia) de la presencia y libertad del Espíritu Santo, ha iniciado un proceso de liberación de la teología (como discurso de la fe cristiana) de su cautiverio por el racionalismo o logocentrismo occidental. No es extraño, entonces, que el *ethos* o la espiritualidad pentecostal (aunque no siempre lleve ese nombre) haya encontrado su terreno más fértil en culturas sólo precariamente occidentalizadas del hemisferio Sur, y en el seno de minorías culturales del hemisferio Norte.

Me atrevo a sugerir que el 'pentecostalismo clásico' norteamericano, por su necesidad de ganar respetabilidad como una denominación cristiana establecida en un contexto que no reconocía otro modo de hacer teología que no fuera el racional-sistemático, tendió a forzar la experiencia pentecostal dentro de un conjunto de categorías o conceptos. El resultado fue que las distintas dimensiones de lo que hemos descrito como la experiencia fundante del cambio de vida, se transformaron en experiencias separadas sucesivas en el tiempo. Así mismo, la compulsión por establecer criterios formales de verdad, llevó a establecer la glosolalia como *evidencia inicial* necesaria del bautismo en el Espíritu Santo, y en el extremo, como condición de salvación. En años recientes, diversos teólogos pentecostales del Norte se han percatado de este problema, y progresivamente la distinción de obras de la gracia y la glosolalia han sido desacreditadas como criterios únicos de 'pentecostalidad'.

Salvación presente y salvación futura

Es indiscutible que el surgimiento del pentecostalismo moderno ocurrió en un contexto de gran efervescencia escatológica, característico de una época de cambio de siglo y de grandes convulsiones sociales. Este clima apocalíptico, por lo demás, permeaba a muchas expresiones del cristianismo, y no exclusivamente al pentecostalismo. Es la época en que incluso la teología liberal redescubre la importancia de la escatología en el mensaje del Nuevo Testamento y en la predicación de Jesús. Por otra parte, historiadores y sociólogos del pentecostalismo han encontrado muchas evidencias de que las personas que adhirieron al movimiento, formaban parte de grupos sociales que tenían muy pocos motivos para estar satisfechos con las condiciones de su mundo presente y que, por el contrario, tenían muchas razones para soñar con un mundo nuevo. No es extraño, por lo tanto, que la expectativa escatológica ocupe un lugar importante en la espiritualidad pentecostal, y que el tema de la segunda venida de Cristo sea un aspecto central de su predicación.

Sin embargo, la imagen construida del pentecostalismo por observadores externos como si se tratara de un movimiento únicamente orientado hacia el futuro ultramundano, tiene muy poco que ver con la realidad. Tampoco es cierto que el discurso de la vida presente se concentre en la inevitabilidad del sufrimiento en esta tierra. Por cierto existen muchas expresiones habituales en el discurso pentecostal que parecen confirmar tal imagen: "sufriremos aquí, reinaremos allá", "este mundo nada ofrece, solo ofrece perdición". Pero si uno escucha con atención los testimonios pentecostales, y en especial la predicación callejera, constatará que lo central es el anuncio de la disponibilidad de una salvación aquí y ahora, posibilidad que aparece avalada o verificada por la propia experiencia del predicador y la comunidad de la que forma parte.

Los testimonios pentecostales no dicen que "por haber aceptado a Jesucristo seremos salvos en el más allá", sino más bien "soy salvo, porque el Señor me hizo una nueva criatura", "soy feliz, porque Cristo me salvó". El testimonio pentecostal no compara primariamente el presente con el futuro, sino el presente con el pasado: un presente de salvación, de una vida rescatada, recuperada, frente a un pasado de perdición. Cuando se habla de 'salir del mundo', no se está hablando de apartarse de la sociedad: se refiere a la experiencia de dejar atrás ese mundo de vida en el cual la persona no tenía el control, se estaba perdiendo¹¹.

Así, la espera de "la segunda venida de Cristo" no es para el pentecostalismo una espera pasiva: se espera trabajando en la obra del Señor y dando testimonio de su obra en los distintos ámbitos en los que transcurre la vida cotidiana. Es cierto, por otra parte, que raramente se traduce esta dimensión presente del reinado de Cristo (escatología realizada) en términos más sociales. La eficacia del reinado actual de Cristo opera solamente para aquellos que han experimentado un encuentro con él. Para los demás, el reinado de Cristo permanece como un futuro absoluto: de allí la importancia de la evangelización.

Palabras finales

He intentado caracterizar algunos aspectos centrales del *ethos* o espiritualidad pentecostal que se manifiesta, con variados matices y acentos, en los diversos pentecostalismos. Se trata de una lectura bastante personal, que ofrezco a ustedes como una base para nuestro diálogo. Es posible que algunos de nosotros hayamos conocido grupos que se definen como pentecostales, en los cuáles nos resulte

¹¹ Cfr. CANALES, PALMA Y VILLELA, *op.cit. passim*.

bastante difícil discernir algunos o todos los aspectos descritos aquí como característicos del *ethos* pentecostal. Es también posible que conozcamos grupos o comunidades que nunca se han identificado como pentecostales o como carismáticos, y que sin embargo se reconocerían en más de uno de los aspectos aquí descritos. Es precisamente la diversidad con que se nos presenta la realidad, y la frecuencia de las veces en que los discursos se desencuentran con las realidades, lo que hace necesario el establecimiento de un diálogo orientado al mutuo enriquecimiento y la fraternal corrección en Cristo Jesús. Espero sinceramente que mis reflexiones contribuyan un granito de arena a este diálogo que se inicia.